

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: El génio y su explicacion. I.—Cartas sobre el Espiritismo por un cristiano, XXIII.—Nuestro sistema planetario: IV. Mercurio.—Los santos de la humanidad.—*Espirritismo teórico-experimental:* Manifestaciones de los Espíritus.—*Disertaciones espirítistas:* La razón humana (poesía).—*Miscelánea:* El Espiritismo en París durante el sitio.—Organización espirísta en Lieja.—Un héroe de doce años.—Crimenes y su remedio.—Más sobre la propaganda en Alicante.

SECCION DOCTRINAL.

EL GÉNIO Y SU EXPLICACION.

I.

Aun no ha llegado la venturosa época en que la historia del génio sea la historia de las glorificaciones. Obstáculos, y grandes, encuentra todavía en su desenvolvimiento y manifestaciones; pesares le cuesta la noble misión de dilatar los dominios de la verdad y de la justicia. Pero, á pesar de todo esto, no puede negarse con razón que en ésta, como en las otras esferas, hemos hecho notables y visibles progresos. Para convencernos de que así es en realidad, basta fijar en la historia los ojos de la inteligencia, y juzgar desapasionadamente.

A Cristo y á Sócrates no sólo los ridiculizaron y persiguieron, sino que los mataron cruel e ignominiosamente. Del primero decían que, poseido del *demonio*, como lo estaba, quería trastornar el mundo en sus bases fundamentales, imposibilitando para siempre, ó retardando, cuando menos, el advenimiento del reino de Dios á la tierra. De él, que era un santo, se aseguraba que era un blasfemo, de él, que, hasta el presente, es el mayor sustentáculo que en este planeta han tenido la verdad y la justicia, se afirmaba que quería la injusticia y el error. Y Cristo murió como entonces morían los ladrones; clavado en el afrentoso madero de la cruz; despreciado, y acaso odiado, de la inmensa mayoría de sus contemporáneos, y circuido de todas aquellas circunstancias, que podían ocasionarle la eterna aversión de las futuras generaciones. Los escribas y fariseos, sus implacables enemigos, los implacables y universales enemigos del génio, no desperdiciaron recurso alguno para consumar su obra de iniquidad. Cristo murió corporalmente, el génio fué sacrificado á la ignorancia de los unos y á la insigne mala fe de los otros; pero su obra vive y vivirá eternamente, y su memoria, rescatada á la injuria y á la calumnia, es en la actualidad objeto digno de merecido respeto.

Sócrates murió también cómo, en aquellos tiempos de exclusivismo y de intran-

sigencia, morian los que, *teniendo la desgracia* de ver más, y más claro que la generalidad, no eran bastante cobardes ó egoistas para callar lo que sabian. Sócrates murió tambien injuriado y calumniado, despues de haber sido objeto de bafa y de escarnio para los sofistas, para los esribas y fariseos de la antigua Grecia. Acusábasele del horrible crimen de que corrompia las costumbres griegas con sus enseñanzas, que eran sin embargo, pura y acrisolada virtud, que eran verdad y justicia; acusábasele de que destruia la religion de Grecia que, como desde luego se supondrá, era *la única verdadera y salvadora* en todo el universo mundo.

¡Ah!... la religion ha sido siempre la gran barrera que la ignorancia, ó el egoísmo ha levantado en el camino del génio. Registrad las acusaciones formuladas contra los hombres de talento de todas las épocas, contra las lumbreras de la humanidad, y jamás dejareis de encontrar la de que sus teorías son atentatorias de *la infalible verdad* de los dogmas religiosos. Sócrates, Cristo, Galileo, Campanella, Giordano Bruno, Colon, todos, todos han atentado contra la religion, si hemos de dar crédito á los ministros de ésta. Y, cosa rara, todos aquellos insignes varones han sido acabados modelos de piedad; todos han patentizado la infinita bondad y la sabiduría infinita del Eterno, y han contribuido poderosamente, por lo tanto, á que se le ame y se le respete más y más cada dia. Pero sus doctrinas han demostrado la falsedad de muchos *mandamientos de hombres*, ingeridos por malicia, ó por ignorancia en los mandamientos naturales de Dios, que constituyen la única religion verdadera y universal, y éste es en realidad su horrible crimen, su crimen imperdonable. Rompieron un eslabon de la cadena de la tirania, ó arrancaron un antifaz á la explotacion del hombre por el hombre; ¿queréis mayor delito? Pues éste fué el de Sócrates. Arrancóle el antifaz á los sofistas, que explotaban la conciencia, y embrollaban la inteligencia, enflaqueciendo de este modo la voluntad, para esclavizarla mejor; y los sofistas se levantaron furiosos contra él y le abrasaron las entrañas con un vaso de círcuta.

Pero Sócrates vive; ahí está aún su obra, brillando más y más cada dia y demostrando todo el desprecio de que son dignos sus implacables verdugos. Es verdad que los esribas y fariseos, que crucificaron á Jesús, y los sofistas, que envenenaron á Sócrates, viven tambien bajo otras varias formas, y que han continuado persiguiendo y aun persiguen al génio; pero es verdad asimismo—y sirva esto de consuelo—que su influencia ha ido decayendo visiblemente, y que hoy toca á su término.

Despues de iniciada la revolucion cristiana, la más trascendental que, hasta el presente, ha presenciado la humanidad de este planeta, hubo un terrible recredecimiento contra el génio. La antigüedad, el exclusivismo y el odio, se sintieron heridos de muerte por la nueva era, cuyo símbolo definitivo es la fraternidad y el amor, y en su desesperada agonía, daban golpes á diestra y siniestra, como suele decirse. La historia de los mártires cristianos, representantes de la emancipacion de la conciencia, elemento fundamental de todo verdadero progreso, es la historia del génio de aquella época que, aunque en ninguna persona se hallaba directa y exclusivamente encarnado, representaba empero, una necesidad de los tiempos y una aspiracion del humano linage. Fué aquella una, al parecer, interminable serie de crímenes; pero, aunque el error y la injusticia andaban por entonces envueltos en la púrpura de los emperadores, y aunque tenían en su apoyo la fuerza y las riquezas materiales, el génio, á pesar de su pobreza y del casi abandono en que se hallaba, acabó por levantarre con todos los honores del triunfo. Los mártires, muriendo con heroica resignacion, vencieron á los emperadores de la soberbia Roma, como Sócrates y Cristo, sometiéndose al martirio, habian vencido ántes á los sofistas y á los

escribas y fariseos. Es un hecho histórico, un hecho de observacion, que la verdad y la justicia, es decir, el génio, triunfan siempre de la injusticia y del error, de la ignorancia y el egoismo.

Ah! si no lo olvidáramos nunca, más cautelosos andariamos en nuestras oposiciones á las nuevas creencias y teorías, y ménos faltos de fé y de virilidad propagadora nos mostrariamos. Aunque distemos mucho del génio, habla con nosotros la ley histórica que hemos mencionado, pues basta que defendamos una fase, siquiera sea la más insignificante, de la verdad y de la justicia, para que aquel infalible precepto de la historia nos abarque de lleno. ¡Animo, pues, defensores de lo bueno, de lo justo y de lo verdadero!.. El triunfo será vuestro irremisiblemente. Si no es hoy, será mañana; si no lo contemplais en esta encarnación, lo contemplareis en otra, ó desde las magníficas regiones del espacio ilimitado.

Volviendo á la historia de la lucha, que bosquejamos, consignemos con dolor que los oprimidos, despues de triunfar, se trocaron en opresores. Pero—nótese bien—no fué el génio quien así procedió, sino que, para proceder de tal modo, menester se hizo que se desvirtuára el espíritu y las tendencias esenciales de la obra del gran reformador cristiano. El cristianismo perseguidor y martirizador de los que se llamaban hereges, no es el cristianismo de Cristo, que preceptuaba el perdón de las injurias y el amor á los enemigos; el cristianismo que perseguió á Halvey, que atormentaba á Galileo y Campanella, que quemaba á Giordano Bruno y á Savonarola, no es el cristianismo de Cristo, cuyo espíritu de mansedumbre rebosa en todas y cada una de las páginas del Evangelio. Ese cristianismo será todo lo que se quiera; pero los primitivos discípulos del Maestro no lo predicaron nunca. Juan, que, al terminar su vida corporal, repetía como único resumen de toda la doctrina, estas palabras: *Amios unos á otros*; Juan se avergonzaria de pertenecer al número de los que encendían la hoguera y daban vueltas al manubrio de la rueda atormentadora. ¿Quién os autoriza para creerlo?.... se nos preguntará. Ante todo, la razon, y despues, el mismo Espíritu de Juan impreso, por decirlo así, en su Evangelio, en su Apocalipsis y en sus Epístolas. Los que de distinta manera lo interpretan, han perdido *la llave que abre y que cierra*.

Afortunadamente los tiempos van cambiando, y hoy tocamos al término del martirio del génio. En la actualidad, está ya muy reducida la esfera de accion de la ignorancia y del egoismo. Las persecuciones sangrientas han terminado, hánse apagado las hogueras y los tormentos materiales han desaparecido. En su vez, se han levantado las declamaciones del púlpito, las falsedades del libro, las sátiras de la gacetilla y las murmuraciones de las beatas y fanáticos. ¿Pero qué es todo esto, como estorbo de la verdad y de la justicia, en comparacion de los horrores de los siglos, por fortuna trascurridos? Nada. ¿Qué importa que las academias científicas se burlen de Fulton, si ya todos sabemos que las corporaciones llamadas sábias no son infalibles? ¿Qué importa que se truene, desde el púlpito, contra los visibles, manifiestos progresos de las ciencias físico-naturales, si ya nadie ignora que el púlpito no tiene, ni de mucho, la suprema sabiduría? ¿Qué importa que con volteriana sonrisa se moje la gacetilla, si ya á nadie se oculta que su constante ocupacion es la de arrancar un pensamiento triste al ánimo hipocondriaco? ¿Qué importa que murmuren las beatas, si á todos nos consta ya que esas pobres gentes se espantan hasta de su propia sombra? Duele, es verdad, al génio que tiene conciencia de su misión, que se le dificulte el paso; pero esto, en vez de descorazonarle, le emula en su obra de regeneracion y de progreso, pues harto sabemos todos, en nuestros tiempos, que á cada uno será dado segun sus obras; y si grandes son las obras, porque se han

tenido que vencer obstáculos, grande será tambien la recompensa. Y no se alcanza ésta sólo en el cielo, como se dice, sino que, desde la tierra, empieza á disfrutarse de ella. Aparte de la satisfaccion interna, inherente siempre al cumplimiento del deber, hay un hecho que viene á ser como la recompensa anticipada del génio. De él, de su naturaleza íntima, de su procedencia, se han ocupado todas las épocas, ideando, para explicarlo, hipótesis más ó menos racionales. ¿Acaso no hace diez y nueve siglos que se está tratando de la naturaleza de Cristo? ¿Por ventura no se han escrito volúmenes enteros sobre Sócrates? Pues esto prueba que, á pesar de todo, al génio se le respeta y se le aprécia. Si así no fuese, nadie se tomaría el improbo trabajo de estudiarlo, de analizarlo, para procurar deducir la ley á que ha obedecido en su creacion y desenvolvimiento. ¿Cuál es esa ley? En nuestros próximos artículos—que éste es yá muy extenso—enunciaremos y criticaremos las varias hipótesis que sobre el particular se han emitido, exponiendo en conclusion la qué resulta de nuestro sistema filosófico.

M. CRUZ.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO POR UN CRISTIANO.

XXIII.

París 18 Marzo 1865.

Querida Clotilde: Su carta de V. que acabo de recibir en este instante, simplifica en gran manera mi tarea; pues confieso que soy tanto más feliz cuanto no esperaba un éxito tan pronto. Sabia muy bien cuanta necesidad de descanso tenia nuestro amigo; pues no ignoraba de cuan poco tiempo puede disponer este santo sacerdote, enteramente ocupado en sus caritativas empresas, por lo que le aseguro á V. que es una muy grande satisfaccion para mí, el haberle conducido, en tan breve tiempo, á examinar y juzgar por sí mismo una doctrina tan injustamente calumniada, y que algunos energómenos han tenido la impiedad de arrastrar á las gemonías (1). Estoy pues muy satisfecho de que mi querido abate Pastoret se haya puesto á estudiar seriamente el Espiritismo, no solamente en las obras de Allan Kardec, sino tambien en los Padres de la Iglesia; porque, segun V. me escribe, ha podido reconocer en ellas el mismo soplo inspirador del Espíritu Santo, y la perfecta concordancia de doctrina. Sabia de antemano, mi buena prima, que estos interesantes estudios le encantarian en sumo grado; pero siendo así que ha logrado en ellos consuelos y esperanzas, que no habia hallado en otra parte, la alegría que experimento compensa largamente las horas que he dedicado á esta correspondencia, y doy gracias á Dios y á los buenos Espíritus, porque me han asistido hasta el punto de haber podido conducir á tales ideas á este nuevo Vicente de Paul, que viene á multiplicar la cosecha de mi sementera; en fin, prima mia, lo que es una grata satisfaccion para mí, es que yá puede V. concurrir á nuestra santa causa, pidiendo á los buenos Espíritus que su simpatia atraerá, algunas nuevas páginas de revelaciones sobre la religion, la moral y la filosofia. Mi tarea está, pues, terminada; no obstante, aunque con más brevedad, trataré las cuestiones que me quedaban que resolver, yá que V. y el señor abate me manifiestan este deseo.

En la presente debia ocuparme de las penas eternas, de la pluralidad de mundos y del perispíritu. Estas cuestiones consecuencias inmediatas de la reencarnacion y de la inmortalidad del alma, deben ser consideradas yá como casi resueltas por todos los que admiten sus premisas. Mil razones me inducen á no detenerme sino en algunas consideraciones generales; y en cuanto á lo demás, me contento con que lea V. las obras especiales que han tratado ámpliamente estas materias. Como acabo de decir, admitida la reencarnacion, se deduce por consecuencia la negacion forzosa del dogma de las penas eternas;

(I) Lugar que los antiguos destinaban para suplicio de los reos.

todas las pruebas dadas en apoyo de este níveo axioma de la grande constitucion de los mundos, son otros tantos argumentos irresistibles contra la existencia de los infiernos eternos; todas las consecuencias psicológicas y fisiológicas de esta ley, revelada más ampliamente en estos nuevos días, apartan las previsiones futuras del horrible temor de un infierno irrevocable. Ha llegado la hora para el cristianismo de rechazar esta parte de herencia, que el paganismo griego y latino le había, por decirlo así, fatalmente legado, con todas las instituciones religiosas y políticas del pasado.

San Gerónimo, San Agustín y otros padres de los primeros siglos enseñaron, como ya le he dicho, mi buena prima, que el hombre por su propia naturaleza, su destino, y su esencia perfectible, estaba destinado á ser ángel tarde ó temprano; de consiguiente todos los individuos de su especie deben llegar á esta transformacion tan evidentemente, como la oruga á la de volverse mariposa.

Así en el derecho divino, como en el humano, las penas deben ser proporcionadas á las faltas cometidas, y el castigo sufrido debe borrar la causa que lo motivó; si la justicia humana es necesariamente falible, la de Dios no lo es, ni lo fué jamás. El arrepentimiento sincero y la firme resolucion de corregirse bastan casi siempre al Soberano Juez, y si nos impone el castigo merecido, es porque sondea la conciencia y el corazon del que implora su misericordia, y halla aún en él malos gérmenes, malos sentimientos, ocultos en las profundidades de su sér.

La definicion del infierno y sustorturas, segun San Gerónimo, se halla en el versículo 13 de Isaías, cap. v. «*Propterea ductus est captivus populus meus, quia non habuit scientiam; et nobiles ejus interierunt fame, et multitudo ejus siti exaruit.*»

— «Porque mi pueblo no ha querido reconocerme, dice el Señor, ha sido conducido cautivo; sus nobles han muerto de hambre y una multitud de hombres han perecido de sed.

Hé aquí cómo interpreta este pasaje el comentador:

— «Generaliter de inferis et gehenna interpretari volunt; in qua punietur omnis qui Dei non habuerit scientiam.»

Este versículo significa generalmente que todos los que habrán desconocido la verdadera ley de Dios, serán conducidos cautivos á los tormentos de los mundos inferiores para ser castigados en ellos.

Esta interpretacion de San Gerónimo, muy verdadera en principio, nos conduce por la más rigurosa lógica á la negacion de la eternidad de las penas. En efecto, así como los Israelitas, despues de haber sido conducidos por Nabucodonosor, en castigo de sus crímenes contra la ley escrita, fueron en seguida vueltos á la libertad, bajo el reino de Ciro, así tambien las almas arrastradas á los tormentos de los lugares inferiores en castigo de las faltas que cometieron contra la ley de amor y caridad, serán, al espirar su pena, vueltas al mundo cuya permanencia habian malversado, para perfeccionarse en él y subir en seguida hacia las altas regiones.

Para completar este pensamiento y hacerlo inteligible á todos, San Gerónimo, citando extractos del Salmista, de Isaías y de San Mateo, añade: *Conviva quoque cena dominicae, vestem non habeas nuptialem, vincus pedibus atque manibus ejicitur in tenebras exteriores. Et Dominus venit, ut his qui errant in vinculis dicaret: Exite! Et qui versabantur in tenebris: Revelamini! Ipse enim solvit compeditos et illuminat caecos.* — Y el convidado de la cena dominical que no se había revestido con la ropa nupcial, habiendo tenido las manos y los pies atados, fué echado en las tinieblas exteriores. Y el Señor vino entonces, diciendo á los que estaban atados: Id: sois libres; y á los que estaban sumergidos en las tinieblas: ¡Ved y sed iluminados! El es el único de quien se puede decir: Libra á los que están entre cadenas y vuelve la vista á los ciegos.»

El Espiritismo y con él la falange de los filósofos, de los poetas y de los mas grandes pensadores modernos, tienen pues razon al afirmar que no existen infiernos eternos. «Estos no son los culpables, exclama aún San Gerónimo, porque no pueden ver; sino el que obscurece su vista ó que les ha dado ojos para no ver.

«El bienaventurado apóstol San Pablo, continúa el mismo padre, explica plenamente esto en su epístola á los romanos, y sería á todas luces superfluo que nosotros amplificá-

»semos su instructiva palabra. En efecto, segun él, Dios ha hecho pasar toda la humanidad por la credulidad y la imperfeccion, á fin de poderla salvar toda entera. Y admirando la profundidad de los decretos eternos, exclama: ¡Oh riqueza incomensurable de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus juicios y cuán desconocidos sus caminos! Y en otra parte, discutiendo sobre la incredulidad de los judíos, dice: ¿No pecaron así más que para caer? No lo quiera Dios sino para que la salvacion de los gentiles resultase de la falta de los judíos, invitándoles á imitarlos. Y un poco más lejos: ¿Por qué si su caída ha sido causa de la rehabilitacion del mundo, qué producirá su asuncion? Y sigue: No quiero, hermanos míos, dejaros ignorar este misterio á fin de que no seais prudentes para vosotros solos, porque si una parte de Israel ha caido en la ceguedad, es para que las naciones llegasen á su plenitud; y cuando esto será cumplido, todo Israel será salvado! No acuseis, pues, á Dios de残酷, añade San Gerónimo, cuando su misericordia hiere al pueblo judío, para salvar al universo entero.»

«*Et qui postea vocabitur Jesus id, est salvator eo quod universum genus salvationes sid nunc á te Emmanuelis apelletur vocabulo.*» — «Es porque tú llamarás con el nombre de Manuel al que más tarde se llamará Jesús, es decir Salvador, porque todo el género humano será salvado por él.»

O la mision de Cristo es verdadera, ó falsa; tal es el dilema que propongo á nuestros adversarios religiosos. Si esta mision no existe, ¿por qué la religion se funda en ella para condenarnos á las llamas eternas, y á todos los suplicios sin número del Tártaro pagano ó del infierno católico? *Arcades Ambo!*

Pero si esta mision existe ¿con qué derechos venís á ocultarnos sus admirables primicias y á arrebatarnos sus espléndidas consecuencias?

¡Ah! ciertamente, prima mia, nosotros mejor que nadie, reconocemos la angusta mision de Nuestro Señor Jesucristo; no somos nosotros los que nos atreveríamos á empequeñecer su obra, restringiendo la de la salvacion á la imperceptible minoría humana que presenta el catolicismo romano: no somos nosotros los que de en medio de esta misma minoría, rechazaríamos los tormentos irrevocables, sino las noventa y nueve centésimas partes de los católicos. ¡Hé aquí la verdadera accion condenable; porque se atreve á apoderarse de la cualidad más excelente de la divinidad: el derecho de gracia y de perdón!

La cuestion de las penas eternas está, pues, plenamente resuelta conforme á la opinion que debemos al Espiritismo de la grandeza y la bondad de Dios; pero, si el abate Pastoret y V. desean más amplios desarrollos sobre este tema, les recomiendo que lean con atencion y mucha meditacion los sábios artículos y las poderosas consideraciones que mi amigo Philaléthes ha publicado en la «Verité» y que, segun espero, saldrán á luz en la librería académica de Didier y compañía de Paris.

Esta misma casa acaba de publicar la *Pluralidad de mundos* (3.^a edición) y la *Pluralidad de existencias* (3.^a edición), la primera de estas obras es debida á la elegante pluma del joven astrónomo M. Camilo Flammarion. La segunda ha sido escrita por mi excelente amigo Andrés Pezzani, cuyos sábios y numerosos trabajos yá conoce V. En estas obras hallarán Vds. probado por la ciencia y por un sólido raciocinio, el mismo sistema que, por otra parte, acaba de ser revelado al mundo por las comunicaciones espiritistas. Les recomiendo, pues, especialmente estos preciosos tratados por lo que concierne á la interesante cuestion de la Pluralidad de mundos y de la Pluralidad de existencias.

Pero lo que sobre todo les encargo son los primeros libros de Allan Kardec, como tratados elementales indispensables para el conocimiento y estudio exactos de estas graves cuestiones.

No terminaré estas cartas, amiga mia, sin llamar ántes su atencion sobre la analogía que existe entre la época actual y la del establecimiento del cristianismo; nuestras ideas, nuestras miras, nuestras aspiraciones son las mismas que abrigaban los primeros cristianos; nuestro modo de comprender el alma y la inmortalidad, las relaciones del alma y del cuerpo, los lazos que les unen se parecen por muchos conceptos á las de los mas ilustres Padres de la Iglesia; juzgue V. de ello, prima mia.

«El alma no muere, dice San Atanasio patriarca de Alejandria (1), pero el cuerpo muere cuando el alma se aleja de él. El alma es el motor de sí misma. El movimiento del alma es la vida. Aun cuando esté prisionera en el cuerpo y como unida á él, no por esto se concreta á sus estrechas proporciones, ni se encierra en él, pues muchas veces cuando el cuerpo está inmóvil y como inanimado, el alma permanece despierta por su propia virtud, y sale en cierto modo de la materia sin desprenderse completamente de ella, concibe, contempla existencias más allá del globo terrestre, vé á los santos desprendidos del envoltorio de los cuerpos, vé á los ángeles y sube hacia ellos con la libertad de su pura inocencia.»

«Separada enteramente del cuerpo, y cuando Dios tenga á bien quitarle la cadena que le impuso ¿no concebirá una idea mucho más clara de su inmortal naturaleza? Si hoy mismo con las trabas de la carne, vive yá de una vida enteramente exterior; cuánto mayor no será esta vida, después de la muerte del cuerpo que, gracias á Dios, así la ha hecho por medio del Verbo! Comprende y abraza en sí misma las ideas de eternidad, de lo infinito porque es inmortal. Así como el cuerpo por ser mortal no percibe más que lo material y perecedero, así también el alma que vé y medita las cosas inmortales, es necesariamente inmortal, y vivirá siempre; porque los pensamientos y las imágenes de la inmortalidad no la dejan nunca y son en ella como una hoguera viva, que mantiene y asegura su inmortalidad.»

Esta definición del alma y de sus propiedades espirituales dadas por Atanasio, concuerda admirablemente con las enseñanzas del Espiritismo, y se reconocen perfectamente en ella, el juego y la función del perispíritu, que Carlos Fourrier llamaba el cuerpo aromal.

San Pablo habla igualmente de esta envoltura del alma, de este cuerpo virtual y espiritual, imponderable e incorruptible, que mantiene irrevocablemente la forma de la entidad individual. Tertuliano dice, que la corporalidad del alma brilla en el Evangelio, y que una santa mujer tuvo una visión, durante la cual percibió un alma muy brillante y del color del aire; añade que los ángeles tienen un cuerpo que les es propio, y que pueden trasformarse en carne humana para mostrarse á los hombres, y comunicarse visiblemente con ellos. Orígenes, ese profundo pensador que mejor que la mayor parte de los otros Padres había recibido la verdadera tradición nazarena, ese heredero de San Juan el Evangelista, ese precursor del Espiritismo, enseña que las almas existen antes de ser unidas á los cuerpos, á los cuales Dios las aprisiona en castigo de sus faltas anteriores, y afirma igualmente que están revestidas de un cuerpo particular, de una materia excepcionalmente sutil, y de un aire en extremo ligero; que este cuerpo está dotado de una virtud plástica, que sigue al alma en todas sus existencias, en todas sus peregrinaciones, y que es el que sirve de tipo y modelo á los cuerpos materiales y groseros, que esta alma reviste en los diferentes centros planetarios donde la arrastra su destino. San Agustín, declara que el cuerpo de los elegidos es incorruptible, libre, tenué, y soberanamente ágil. San Ireneo dice, que el alma no es más que el soplo de la vida; que no es incorporal más que por comparación, y que conserva la figura del hombre para que se le reconozca. San Cirilo de Alejandría, proclama que sólo Dios es incorporal, que sólo él no puede ser circunscrito, mientras que todas las otras criaturas espirituales pueden serlo, aunque sus cuerpos sean de una naturaleza esencialmente distinta de las nuestras; esta era también la opinión de San Ambrosio de Milán quien exclamaba: «Fuera de la Divina Trinidad, no conocemos nada que no esté por alguna parte de su ser rodeado de una especie de fluido materializado.» Gatieu, filósofo cristiano, demuestra que el alma de los hombres está compuesta de varias partes. San Basilio, hablando de los ángeles, afirma que, aunque no tengan cuerpo propiamente dicho, pueden hacerse visibles por las propiedades de su propia sustancia, apareciendo á los que son dignos de ellos. San Hilario escribía: «No hay nada creado que no sea corporal, ni en el cielo, ni en la tierra, ni entre las cosas visibles, ni entre las invisibles; todo está formado de elementos; y las almas yá habiten un cuerpo, yá

(1) San Atan. oper., t. VII, p. 32, segun Villemain: *Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo XI*, pág. 94.

salgan de él tienen una substancia corporal.» San Justino y San Clemente de Alejandría, admitian la corporalidad de los ángeles y de los Espíritus, y sostenían que algunos de éstos se habían atribuido al amor de las mujeres. Lactancio y Arnobo, pensaban que el alma conservaba una forma propia y personal, y de una materia excesivamente sútil; San Gregorio de Naciane no podía concebir un Espíritu sin concebir movimiento y difusión. San Gregorio de Niza, hablaba de una especie de trasmigración inconcebible sin materialidad. Taciano lo mismo que San Ambrosio, dividía el alma en dos partes, y Juan de Tesalónica adelantó en el siglo VII, entre los artículos de tradición, atestiguados por San Atanasio, San Basilio y San Método, que, ni los ángeles, ni los demonios, ni las almas están desprendidos de la materia.

Estas diversas opiniones, incomprensibles para los materialistas absolutos, son las que les han hecho decir, que la mayor parte de los Padres de la Iglesia no eran Espiritualistas, cuando por el contrario, es evidente que ni uno de ellos fué partidario de la materia. El cuerpo imperecedero y virtual del alma inmortal, que Allan-Kardec tuvo la dicha de definir tan claramente bajo el nombre de perispíritu, ha sido confundido con el cuerpo terrestre, envoltorio mortal del hombre, por los filósofos panteístas y por todos los que no creen en la inmortalidad.

Mis afectos á nuestros amigos de Valence y Lyon. Su afectísimo, N. N.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

IV.

Mercurio.

Cuando el radiante astro del dia ha descendido á su ocaso, aparece algunas veces en el Océidente, en medio de la luz crepuscular que aún baña el cielo, una pequeña estrella bastante brillante, la cual, en vez de continuar, como las otras, ostentando su blanca luz, se esconde luego presurosa, hundiéndose á su vez por el mismo sitio por donde poco antes, lo ha hecho el Sol. Al cabo de algunos días, es inútil que se la busque por la tarde, no aparece; pero, en cambio, á la madrugada, poco antes de la salida del Sol, se la verá ascender por el Oriente, como trazando el camino que aquél debe seguir en su triunfal carrera.

Esa pequeña y blanca estrella, es el planeta Mercurio, que juguetón, parece complacerse en seguir paso á paso al Sol, ora corriendo tras él, ora precediéndole.

Engañados los antiguos por la doble aparición vespertina y matinal de esa estrella, y creyéndola dos distintas; llamaron Mercurio á la de la tarde, en honor al Dios de la noche protector de los viajeros y de los ladrones, y Apolo á la de la mañana, como á encargado de conducir el carro del Sol. Los egipcios y los indios conocieron asimismo al planeta que nos ocupa, con dos nombres distintos tomados, á semejanza de los griegos, de sus divinidades del dia y de la noche.

Cuando la observación, madre fecunda de muchos descubrimientos, demostró que nunca á la mañana siguiente de haber aparecido Mercurio, se dejaba ver Apolo; se sospechó que ambas podían ser una misma; más tarde, la sospecha se trocó en certidumbre, y se le conservó el nombre de Mercurio.

A la simple vista, no siempre es fácil distinguir ese planeta; pero con el auxilio de un buen anteojos astronómico de mucha potencia, puede verse que Mercurio presenta fases enteramente semejantes, á las de nuestra Luna, estando en su período creciente cuando el planeta es visible por la tarde, y menguante cuando lo es por la mañana. Esto demuestra que Mercurio no tiene luz propia, sino que refleja la que recibe del Sol.

Mercurio describe su órbita á 14.783,400 legnas del foco central, difiriendo la órbita de éste de la que trazan los demás planetas, en que, así como la de aquéllos es de figura casi circular, la de Mercurio es más bien una elíptica, resultando de esta excentricidad, que su distancia respecto al Sol no es siempre la misma, sino que llega á aproximarse á 11.670,000 leguas de él, alejándose luego á la distancia de 17.700,000 leguas.

Esta excentricidad de la órbita de Mercurio no dejará de influir de alguna manera en

sus condiciones biológicas, pues por razon de esa diferencia de más de seis millones de leguas, entre su mayor aproximacion y su mayor alejamiento del Sol,— ó sea, valiéndose de términos astronómicos, entre su perihelio y su afelio,—la intensidad de luz y calor que del Sol recibe, cuyo término medio es, comparado con la que recibe la Tierra, cerca de siete veces mayor ($6^{\circ}674$) se eleva en su perihelio á más de diez veces ($10^{\circ}58$), reduciéndose en su afelio á cuatro veces y media ($4^{\circ}59$).

Mercurio verifica su movimiento de revolucion al rededor del Sol, en un espacio de tiempo igual á 87 dias 23 horas 14 minutos de los nuestros; de modo que las estaciones allí, sólo serán de 22 dias cada una. La velocidad de su marcha en ese movimiento es muy rápida, puesto que en el corto término de cerca de 88 días, recorre casi once millones de leguas, lo que dá 52,520 leguas por hora, ó sean más de 14 y media por segundo.

El movimiento de rotacion sobre su eje lo verifica en 24 horas 5 minutos 28 segundos; pero la duracion relativa de sus días y sus noches debe ser asimismo muy variable en el curso de uno de sus breves años, atendida la gran inclinacion de su eje de rotacion sobre el plano de su órbita. Esa inclinacion tan sensible—que no baja de 70 grados—es otra causa más que concurrirá á hacer más extravagantes las estaciones en el pequeño mundo de Mercurio.

«No olvidemos sin embargo,— dice Guillemin,— que una circunstancia puede modificar todo esto, de manera que acerque á las nuestras ó las aleje enteramente las condiciones de la vida vegetal y animal en la superficie de Mercurio. Esa circunstancia es la existencia ó la privacion de una envoltura gaseosa ó vaporosa, en una palabra, de una atmósfera.»

¿Existe ésta en Mercurio? Veámoslo.

En ciertas épocas, por razon de la inclinacion del uno sobre el otro de los dos planos en que giran los planetas Mercurio y la Tierra, sucede que el primero de éstos, se encuentra á la misma altura aparente del Sol, en cuyo caso se le vé desde aquí atravesar por delante del disco solar, apareciendo sobre el fondo luminoso como una pequeña mancha oscura, perfectamente circunscrita y de forma circular, que avanza lentamente hasta que desaparece por el lado opuesto. Estos momentos son muy favorables; pues en ellos puede medirse, con auxilio de instrumentos micrométricos, la dimension aparente del planeta, de la que se deduce luego la real por medio del cálculo. El año 1799, en uno de esos pases de Mercurio sobre el Sol,—que llamaríamos eclipses, si el volumen ó la aproximacion de Mercurio respecto á nosotros fuera tal, que interceptara de un modo sensible la luz de aquél astro—se notó muy distintamente, al rededor del punto oscuro, ó sea el cuerpo del planeta, una gran franja circular, especie de anillo nebuloso, á través del cual aparecía menos luminoso el disco solar que en lo restante de él á donde no alcanzaba la referida zona; de lo que los astrónomos dedujeron que existia una atmósfera en Mercurio, y que ésta era muy elevada y muy densa.

Además, se ha notado posteriormente, al estudiar las fases que presenta en sus crecientes y menguantes ese planeta, que la linea que separa la parte iluminada de la oscura, no se deja ver nunca cortada con limpieza; y que la parte que se nos presenta alumbrada, considerada en su anchura, parece como disminuida. Esto corrobora, segun Beer y Maëller, que la atmósfera de Mercurio es muy sensible.

Refiriéndose á esa atmósfera hace Guillemin las juiciosas reflexiones siguientes: «Podemos formarnos una idea—dice—de las modificaciones que una atmósfera algo densa puede dar á la intensidad de la luz y del calor, comparando los días en que, sobre nuestra tierra, el cielo está puro y sin nubes y los rayos del Sol hieren nuestro suelo, sin obstáculo alguno, con aquellos días sombríos en que la niebla ó las grises nubes lo ocultan completamente á la vista. La densidad de la envoltura atmosférica puede cambiar singularmente los efectos de irradiacion del calor solar. Comparemos la temperatura de uno de nuestros valles con la de las cimas de las montañas, que le rodean; esto será pasar del verano á los fríos del invierno; del calor sofocante de julio á las escarchas de noviembre. Y no obstante, el Sol brilla asimismo sobre los montes, como sobre el fondo de los valles. Por fin, la composicion química de la atmósfera de Mercurio, la naturaleza de los gases de que está formada, que son tal vez muy diferentes del azote y del oxígeno del aire, son aún nuevos

elementos que pueden influir sobre el clima del planeta, y acerca de los cuales no tenemos ningun conocimiento (1).»

Justísimas parecerán á cualquiera estas observaciones, yá que bastante se ha dicho y escrito muy formalmente sobre esa temperatura de fuego á que está sometido Mercurio.

«Muchos autores—dice Flammarion (2)—han visto en esa luz y en ese calor, condiciones incompatibles con las funciones de los organismos vivos, y han dicho que en Mercurio las yerbas de los campos serian abrasadas, los frutos desecados, los animales sofocados, los hombres ciegos, si es que hombres podian existir bajo tal temperatura. Este raciocinio que descansa en un principio falso, es asimismo falso en todas sus consecuencias. Los que así piensan, aplican implicitamente su raciocinio á las creaciones terrestres, que suponen trasportadas á la superficie de Mercurio, donde hallarian indudablemente un centro totalmente diferente del en que viven en la Tierra, y muy probablemente mortal para ellas. Pero como es muy evidente que la naturaleza no ha establecido en Mercurio un sistema de vida constituido segun las condiciones terrestres, sino conforme con el estado de Mercurio, yá que en todos lugares y en todo tiempo, los séres no nacen más que allí donde su vida puede existir y estar asegurada; es forzoso admitir, que los habitantes de Mercurio, cualquiera que sea la organizacion que posean, están formados segun las condiciones de su planeta, que están allí en su centro respectivo, y que es muy probable que no podrian existir en las tinieblas y en el frio relativo de los planetas más alejados.»

Tal es, en efecto, la ley general de la vida en nuestro planeta, y por analogia debemos creer que así sucederá en los demás.

Los séres están formados segun el centro que deben habitar.

En las primeras épocas de nuestro globo, existian en él animales y vegetales, que hoy, por la diferencia de los elementos atmosféricos y la temperatura del suelo, no podrian vivir en él, y de aquí que los unos no existan y los otros vivan una vida raquítica, en cuanto á su desarrollo. Aquellos helechos gigantes, aquellos inmensos brezos, aquellos colosales licopodios, aquellas asterofilas, sigillarias, etc. son hoy familias raras, y las que nos quedan, las vemos humildes plantas que hollamos con nuestros pies, cuando entonces sus lozanas ramas se elevaban á una altura prodigiosa. Los monstruosos animales de aquellas épocas, estaban en armonía con el rudo suelo que les sustentaba. Nuevos sacudimientos y nuevas trasformaciones sufre la corteza apénas enfriada del planeta, y los antiguos moradores son destruidos, apareciendo otros nuevos, en relacion tambien con la nueva época. Los animales de organizacion complicada, de respiracion pulmonar, no hubieran podido vivir en medio de aquella tibia atmósfera tan sobrecargada de ácido carbónico y de vapor de agua; y por lo tanto, nadie concebirá que éstos sean contemporáneos de los trilobitos de la época devoniana.

Y aun hoy, ¿no está cada sér organizado segun el centro donde reside?

¿Cómo podrian habitar esos débiles moluscos el fondo del Océano, sufriendo una presion tan considerable como la que sobre ellos pesa, sin las robustas espirales de la cubierta calcárea que les protege?

Desde luego, pues, los séres que habitan en Mercurio, estarán organizados segun las condiciones de su planeta, yá sea aquél totalmente distinto, yá sea semejante al nuestro.

De cualquier modo que sea, si por su organizacion especial no están exentos de sentir los bruscos cambios de su clima, tendrán que sufrir en cuanto á las variaciones de temperatura, mucho más que nosotros, yá que, como hemos dicho, en el corto espacio de 88 días, se realizan las cuatro estaciones, y por cierto muy desemejantes entre sí.

¿Pero existe alguna analogia entre la constitucion fisica del suelo de Mercurio y el de la Tierra? Por lo pronto está comprobado que existen montañas allá como aquí, pero mucho más altas que las nuestras, segun se deduce de la observacion. Hé aquí lo que leemos en la excelente obra de Guillemin *Le Ciel*: «Durante las fases en forma de media luna (de Mercurio) diversos observadores, entre ellos Schröter, Beer y Mädler, han visto varias

(1) A. Guillemin, *Le Ciel*.

(2) *Les Mondes imaginaires et les mondes réels*.

escotaduras que hacian aparecer como dentellada la linea de separacion de la luz y la sombra, habiendo justificado ademas la existencia de un corte en el cuerno austral de la media luna. Estos accidentes no eran siempre visibles, sino que desaparecian para volver á reaparecer á intervalos, cuya periodicidad ha permitido determinar la duracion de rotacion de Mercurio. Eso acusa evidentemente la existencia de altas montañas que intercep-
tan la luz del Sol, y de valles sumergidos en la sombra, que se sustraen á las partes iluminadas del planeta. Mercurio tiene, pues, montañas. La medida de la truncadura de la media luna ha permitido asimismo valuar la altura de una de ellas, cuya medida, si no es muy exagerada, no seria menor de la 253^a parte del diámetro del planeta: esto es, más de 19 kilómetros. La más alta de las montañas conocidas del globo terrestre, el Gauri sankar del Himalaya, no tiene nueve mil metros de altura vertical, ese gigante de los montes terrestres no se eleva sobre el nivel del mar, más que la catorce centésima parte del diámetro de la Tierra.»

No es esto todo. Schröter distinguió, durante el paso de Mercurio sobre el Sol, el año 1799, un punto luminoso sobre el disco oscuro del planeta, lo que le hizo creer que no podia ser más que algun volcan en ignicion.

A pesar de lo difícil que es estudiar á Mercurio, que siempre se presenta á nuestra vista envuelto en luz solar, ese mismo sábio que tanto ha enriquecido la ciencia con sus importantes trabajos respecto de los planetas, pudo observar sobre Mercurio cierta mancha ó banda brumosa que consideró como una zona ecuatorial, de cuya dirección dedujo la inclinacion del eje de rotacion.

Mercurio es mucho más pequeño que la Tierra, es el menor en volumen de todos los mundos del sistema solar. Su diámetro es de 4,978'530 kilómetros, cuando el de la Tierra es de 12,732'814; su densidad es cerca de tres veces más considerable que la del mundo que habitamos.

Si en las tranquilas noches, la densidad de la atmósfera de Mercurio permite á los habitantes de ese mundo admirar la grandiosa belleza del estrellado firmamento, los astros aparecerán á sus ojos en la misma posicion relativa que para nosotros: en cuanto á los planetas, Vénus se les presentará como una hermosa estrella de vivísimo resplandor, pudiendo notar así en aquélla como en la Tierra, algunos indicios de fases. En cuanto á los planetas más lejanos del sistema, es posible que no puedan percibir el débil reflejo que despiden, yá que para nosotros no son visibles más que con la ayuda de los instrumentos.

El Sol se presenta á los habitantes de Mercurio de una manera verdaderamente grandiosa. Figurémonos un disco deslumbrador cuatro veces más grande y más espléndido de lo que aparece á nuestra vista, cuyo tamaño y brillo va aumentando aun progresivamente en el trascurso de algunos días, hasta llegar á ser diez veces y media mayor y más resplandeciente que no le vemos nosotros, y tendremos una idea del modo que ven el Sol los habitantes de Mercurio.

LUIS DE LA VEGA.

LOS SANTOS DE LA HUMANIDAD.

No solamente hay santos en la religion: los hay tambien en las demás esferas de la vida: hay santos en el arte; hay santos en la moral; hay santos en la ciencia; hay santos en la politica; porque santo es todo aquel que consagra su vida y su pensamiento al cumplimiento del bien, sólo por puro motivo del bien mismo.

(*Salmeron*, discurso en la primera reunion democrática.)

Hay una dinastía, la más antigua, la más poderosa, la más grande de todas, que á través de los tiempos viene desafiando todas las revoluciones, salvando todos los obstáculos, conservando su poderío sobre todos los pueblos; dinastía sin cortesanos ni aduladores, sin cetro ni corona, sin palacios suntuosos ni círculos brillantes, cuyas conquistas y poderío se

extienden, de polo á polo. Débiles son sus armas, la más poderosa de las cuales suele ser algunas hojas de papel; nada ostentosos sus trofeos, pues el más ilustre es un instrumento de suplicio; desnudos y miserables sus ejércitos, porque el más formidable de esclavos y pescadores se componía, y sin embargo, ante su fuerza incontrastable, rinden sus espadas ensangrentadas, y humillan sus vencedores estandartes los poderosos todos de la tierra, desde Alejandro á César, desde César á Napoleon.

Esa dinastía, cuyos individuos pertenecen á todas las razas, á todos los climas, á todos los tiempos, á todas las categorías, cuyo reinado comenzó con el mundo, para no terminar jamás, es la dinastía de los Sócrates, los Epictetos, los Marco Aurelios, los Pablos, los Atanasios, los Vicente de Paul, los Homeros, los Dante, los Cervantes, los Voltaire, los Watt, los Galileos, los Cincinatos, los Washington; es, en una palabra, la *dinastía de los santos*, cuyo reino es el mundo, cuyo más gran monarca es Cristo, cuyo fundador es Dios.

De los santos, es decir, de los que consagraron su alma, su pensamiento, su corazón, sus fuerzas, su vida entera, en una palabra, al cumplimiento del bien en todas sus esferas, á la salvación del género humano, á la realización del ideal, sin otro interés que el de la humanidad, sin otro móvil que el puro amor al bien, sin otra ambición que la de ser dignos de los hombres y de Dios.

Pero no la dinastía de los santos de tal fin particular como hasta aquí se ha concebido bajo el influjo de doctrinas exclusivas, de los santos de la religión, que si es el fin más alto de la vida, no es ciertamente el único, sino de los santos de todos los fines, de la ciencia como del arte, de la religión como de la política, de la moral como de la industria; porque en todas estas esferas de la vida caben santos igualmente dignos de veneración, pues en todas ellas es posible ser útil á la humanidad, es posible hacer el bien, es posible servir á Dios.

Por espacio de diez y nueve siglos ha doblado la humanidad la rodilla ante los santos de la religión, rindiendo al hombre el tributo que sólo corresponde á Dios; por espacio de diez y nueve siglos, los santos de la religión (no siempre dignos de tal nombre por cierto), han destronado á los demás santos; por espacio de diez y nueve siglos también, los santos de la ciencia, de la moral, de la política, de la industria, han sufrido el martirio en nombre de los santos de la religión. Hoy esos tiempos tocan su fin; hoy el hombre sólo doblará su rodilla ante la Divinidad; hoy también, sin negar su tributo de admiración y respeto á los santos de la religión que de él son dignos, prestará el homenaje debido á todos los demás. Porque no hay que dudarlo: hay un santoral y un martirologio más completos, más amplios, más racionales que los de la Iglesia, y son el santoral eterno, el eterno martirologio de la humanidad. ¿Quereis una prueba? Pues atened.

Un hombre bajo la influencia de un espiritualismo exclusivo, es irracional por tanto, renegando del mundo en que Dios le destinó á vivir, abandonando la humanidad á quien debe servir, martirizando el cuerpo que debe respetar, maldiciendo la naturaleza que debe amar, y preocupado sólo por alcanzar su bien particular y egoista, su salvación, corre al desierto, se entrega á la más espantosa penitencia, incurre en extravagancias que rayan en locura, y se coloca al nivel de las bestias para hacerse digno de Dios. Este hombre muere; nadie le debe el menor beneficio, á nadie, ni aun á sí mismo, ha sido útil; ningún verdadero bien ha realizado, y si algo ha hecho, no ha sido por amor al bien mismo, sino por el interés de su alma. Sin embargo, la Iglesia le coloca en los altares, le dedica fiestas, y dice: *¡hé aquí un santo: adoradle!*

Otro hombre consagra su vida entera á la investigación de las leyes de la naturaleza para arrancarle su secreto; y con él la ventura y el bienestar de la humanidad. Por fin lo consigue: producto de sus trabajos es una de esas maravillosas invenciones que, cambiando la faz del mundo, alteran las bases de la vida de los pueblos, crean manantiales inagotables de riqueza, ponen al servicio del hombre una de esas fuerzas que ántes era su mayor enemiga, y hacen adelantar á la humanidad en un día siglos; una de esas invenciones, en una palabra, que no se recompensan, porque no hay en el mundo precio digno de recompensarlas. Este hombre nada reporta de su invento; acaso la indiferencia, la mo-

fa, la persecucion, son el premio de sus esfuerzos, acaso no puede lograr la satisfaccion de presenciar el triunfo de su idea, de contemplar el resultado de su obra. Tranquilo sin embargo, satisfecho por haber contribuido al bien de los hombres, por haber cumplido con su deber, muere en la oscuridad ó en la miseria, sin tristeza, sin rencor, sin amargura, aunque acaso no haya una mano amiga que cierre sus ojos ni ponga una corona sobre su tumba. Pero este hombre tiene la desgracia de no creer lo que la Iglesia cree, de no practicar lo que la Iglesia practica, y cuando realizado el invento, la humanidad hace justicia al inventor, le erige estatuas, le consagra fiestas, en medio de la alegría popular se escucha la voz de la Iglesia, que exclama con acento sombrío: *Hé aquí un réprobo: maldecidle!*

¡Pues bien! que no haga la humanidad lo que hace la Iglesia; que admita en su amplio templo, en ese templo interior que vale más que todos los templos de la tierra, desde el Partenon hasta San Pedro, y que se llama *la conciencia*, los santos de la religión, no de ésta ó de aquella religión, sino de la eterna religión que á nadie excomulga ni condena; los santos de la ciencia, los santos del arte, los santos de la moral, de la moral independiente, de la moral eterna de Sócrates y Platón, de Epicteto y Marco Aurelio; los santos de la política, los santos de la industria, los santos, en fin, de la humanidad.

Porque si santo es el que predica la verdad religiosa como Pablo, el que la sella con su sangre como Estéban, el que la hace obra viva de amor y caridad como Vicente de Paul, santo es tambien el que predica la verdad científica como Platón, el que la confirma con su sangre como Sócrates, el que la practica y la lleva á la vida como Marco Aurelio; santo es el que revela á los hombres un rayo de la belleza eterna, como Homero, como Fidias, como Rafael, como Beethoven; santo el que es ejemplo vivo de moral y de justicia como Epicteto, como Fenelon; santo el que consagra sus fuerzas al servicio de la libertad ó de la patria, como Cincinato, como Washington, ó el que dá su vida por ellas como Padilla, como Vergniaud; santo es, en fin, segun el ilustre pensador cuyas palabras sirven ds epígrafes á nuestro artículo, *todo aquél que consagra su vida y su pensamiento al cumplimiento del bien, sólo por puro motivo del bien mismo.*

¡Cese, pues, el privilegio de que gozan los santos de la Iglesia!

¡Veneracion para ellos; pero veneracion tambien para los santos de la humanidad!

M. DE LA REVILLA.

Observacion.—El artículo que antecede, publicado en el periódico madrileño *La Propaganda*, órgano de la «Sociedad abolicionista española,» está en un todo conforme con los preceptos del Espiritismo sobre el asunto de que se trata en aquél, y por esta razon lo reproducimos en las columnas de nuestra *Revista*. Esto prueba, ante todo, que la doctrina espiritista no es una ridiculez, ni un absurdo hijo de inteligencias calenturientas, como se figuran muchos que no se han tomado el trabajo de estudiarla, sino que se ocupa de las cuestiones más trascendentales para la humanidad, resolviéndolas en el mismo sentido que los otros sistemas filosóficos que se respetan y se aplauden con entusiasmo. El Espiritismo es una doctrina grave y profunda, llamada á cautivar la atención y la conciencia de los hombres pensadores, que se resuelvan, como se resolverán dentro de poco, á estudiarla con la necesaria atención y sin las prevenciones desfavorables con que ahora se la mira. Esto no debe sorprendernos, pues siempre ha sucedido lo mismo con las doctrinas nuevas que sin embargo, y por punto general, acaban por obtener la más completa victoria. Así sucedió en Grecia con el sistema socrático, calificado de blasfemo en un principio, y así sucedió tambien con el Cristianismo, objeto de burla y motivo de muerte para su fundador, á quien se respeta hoy y se venera. Tengamos, pues, paciencia los espiritistas, y dejemos que, con el trascurso del tiempo, se nos haga la justicia á que somos acreedores. Poco á poco iremos ganando el terreno que se nos disputa palmo á palmo, y vivamos en la inquebrantable seguridad de que los mismos obstáculos, que ante nosotros se levantan, favorecen nuestro definitivo triunfo.

El Espiritismo progresá; nadie puede dudarlo, y progresá aún por los esfuerzos de aquellos que ni siquiera lo conocen ó que, si lo conocen, no lo confiesan en público. El

artículo del Sr. de la Revilla es una prueba de esta verdad. Toda la doctrina que desenvuelve, todas las ideas que emite son las mismas que proclama el Espiritismo sobre lo que entre nosotros se llama la *santidad*. Para el Espiritismo, como para el Sr. de la Revilla, santos son todos los que cumplen perenne y desinteresadamente los deberes del hombre. En este punto estamos, pues, del todo conformes, y si nosotros hubiésemos tenido que escribir sobre el particular, no hubiéramos dicho ni más ni menos de lo que dice el notable artículo «Los santos de la humanidad.» Obsérvese, pues, esta congruencia de los espiritistas con los otros pensadores, á quienes nadie califica de *locos y fanáticos*, como con frecuencia se nos llama á nosotros, y dígasenos si tenemos motivos para asegurar que nuestra doctrina es grave y profunda.

Y cuenta que estas analogías del Espiritismo con lo bueno y elevado de los otros sistemas, no son *rara avis*, sino que, por el contrario, abundan de una manera notabilísima. Todo lo plausible y notable de las otras filosofías lo dice y propala la espiritista, con más otras verdades así del orden físico, como del psíquico, que aún no han sospechado aquéllas. ¿Por qué, pues, se desprecia al Espiritismo cuando inconscientemente se acepta una buena parte de lo que él enseña? Triste es decirlo, pero ello es la verdad que así se procede, sólo porque no se ha estudiado esa nueva doctrina, porque de ella se habla sin quisiéramos haberla saludado.

Conste, para terminar, que esto lo decimos en tesis general y sin referirnos á nadie en particular, y mucho menos al Sr. de la Revilla, cuyo concepto sobre nuestra doctrina nos es completamente desconocido, lo que no es óbice á que aplaudamos su notable trabajo y á que le supliquemos que prosiga por ese camino, llamado á producir la fe razonada, la esperanza racional y la caridad salvadora y reformadora de la humanidad.—M. CRUZ.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

MANIFESTACIONES DE LOS ESPÍRITUS.

CARÁCTERES Y CONSECUENCIAS RELIGIOSAS DE LAS MANIFESTACIONES ESPIRITISTAS (1).

(Obras póstumas).

Preliminares. (Continuación).

§ 4.—Aparición de personas vivas. Bi-corporeidad.

32. La facultad emancipadora del alma y su desprendimiento del cuerpo, durante la vida, pueden dar lugar á fenómenos análogos á los que presentan los Espíritus desencarnados.

Como, durante el sueño del cuerpo, el Espíritu se traslada á diversos lugares, puede hacerse visible y aparecerse bajo una forma vaporosa, yá sea en sueños, yá en estado de vigilia; igualmente puede presentarse bajo la forma tangible, ó cuando menos, en una apariencia tan idéntica á la realidad, que muchas personas pueden decir la verdad, si afirman haberlo visto en un mismo momento en dos puntos diferentes. En efecto, en los dos habrá estado, solamente que en uno se encontraba el cuerpo verdadero, al paso que en el otro sólo estaba el Espíritu. Este fenómeno, muy raro en verdad, ha dado lugar á la creencia de considerar dobles á los hombres, fenómeno que se conoce bajo el nombre de bi-corporeidad.

Por más extraordinario que sea este fenómeno, no lo es ni más, ni menos que los otros en el orden de fenómenos naturales; porque proviene de las propiedades del perispiritu y de una ley de la naturaleza.

§ 5.—De los Médiums.

33. Los médiums son las personas aptas para sentir la influencia de los Espíritus y transmitir su pensamiento.

Toda persona que sienta un grado cualquiera de influencia de los Espíritus, es médium.

(1) Véase la REVISTA SPIRITISTA de setiembre de 1870.

Esta facultad es inherente al hombre, y por lo tanto, no es un privilegio exclusivo, así es que hay pocas en las cuales no se encuentre algún rudimento de ella. Se puede, por lo tanto, decir, que con poco esfuerzo, todo el mundo es médium; no obstante, en el uso, este calificativo no se aplica sino á aquellos en quienes se manifiesta esta facultad medianímica, por efectos ostensibles de cierta intensidad.

34. El fluido perispírital es el agente de todos los fenómenos espiritistas; estos fenómenos no pueden operarse sino por la acción recíproca de los fluidos emitidos por el médium y por el Espíritu. El desarrollo de la facultad medianímica depende de la complejión más ó menos expansible del perispíritu del médium, y su asimilación más ó menos fácil con el de los Espíritus; dependiendo, pues, de la organización, puede desarrollarse, cuando el principio existe; pero no puede adquirirse, si no existe.

La predisposición medianímica es independiente del sexo, de la edad y del temperamento; se encuentran médiums en todas las categorías de los individuos, desde la más tierna edad, hasta la más avanzada.

35. Las relaciones entre los Espíritus y los médiums se establecen por medio del perispíritu; la facilidad que existe en estas relaciones depende del grado de afinidad que haya entre los dos fluidos; los hay que se asimilan fácilmente y otros que se repelen; de lo que deducimos que no basta ser médium para comunicarse indistintamente con todos los Espíritus; hay médiums que no pueden comunicarse con determinados Espíritus, y otros que sólo lo consiguen por una trasmisión de pensamiento, sin ninguna manifestación exterior.

36. Por la asimilación de los fluidos perispíritales, el Espíritu se identifica, por decirlo así, con la persona que quiere influir; no solamente le trasmite su pensamiento, sino que puede ejercer sobre ella una acción física y hacerle obrar ó hablar á su voluntad, hacerle decir lo que quiera; en una palabra, servirse de sus órganos como si fueran los suyos, y puede, en fin, neutralizar la acción de su propio Espíritu y paralizar su libre albedrío.

Los buenos Espíritus se sirven de esta influencia para el bien, los malos para el mal.

37. Los Espíritus pueden presentarse de una infinidad de modos diferentes; pero para poderlo verificar, es necesaria la condición de encontrar una persona apta para recibir y trasmisir tal ó cual género de impresión, según su aptitud; más como no existe ninguna que posea las aptitudes en un mismo grado, se sigue que unos obtienen efectos que para otros son imposibles. De esta diversidad de aptitudes resulta la diferente variedad de médiums.

38. La voluntad del médium no siempre es necesaria; el Espíritu que quiere manifestarse, busca la persona apta para recibir su impresión, y con mucha frecuencia se sirve de ella á su pesar; otras personas, al contrario, como tienen conciencia de su facultad, pueden provocar ciertas manifestaciones; en consecuencia de esto tendremos dos categorías de médiums: *los médiums inconscientes y los médiums facultativos*. En el primer caso, la iniciativa parte del Espíritu, en el segundo, del médium.

39. Los médiums facultativos sólo se encuentran entre las personas que poseen un conocimiento más ó menos completo de los medios de comunicarse con los Espíritus, y pueden por lo mismo querer servirse de su facultad; los médiums inconscientes, al contrario, se encuentran entre las personas que no tienen ninguna idea del Espiritismo, ni de los Espíritus, áun entre los incrédulos, los cuales sirven de instrumento, sin saberlo ni quererlo. Todas las clases de fenómenos espiritistas pueden producirse por la influencia de aquéllos y se han producido en todas épocas y en todos los pueblos.

La ignorancia y la credulidad, han hecho que se atribuyeran á poderes sobrenaturales, y segun los lugares y los tiempos, á los médiums se les ha hecho santos, se les ha creido hechiceros, locos ó visionarios; el Espiritismo nos enseña en ellos la simple manifestación espontánea de una facultad natural.

40. Entre las diferentes diversidades de médiums, se distinguen principalmente: los médiums de efectos físicos, los médiums sensibles ó impresionables; los médiums auditivos, parlantes, videntes, inspirados, sonámbulos, curativos, escribientes, ó psicógrafos, etc.; sólo describimos aquí los más esenciales. (1)

41. *Médiums de efectos físicos.*—Estos son más especialmente aptos para la producción de fenómenos materiales, tales como los movimientos de cuerpos inertes, los ruidos; para mover, levantar y trasladar los objetos, etc. Estos fenómenos pueden ser exópontáneos ó provocados; en ambos casos, requieren el concurso voluntario ó involuntario

(1) Para mayores detalles, véase *El Libro de los Médiums*.

de los médiums dotados de facultades especiales, cuyos fenómenos son generalmente producción de Espíritus de un orden inferior. Los Espíritus elevados no se ocupan más que de comunicaciones inteligentes e instructivas.

42. *Médiums sensibles ó impresionables.*—Se designa así á las personas susceptibles de sentir la presencia de los Espíritus por una vaga impresión, por una especie de roce en todos sus miembros, sin que puedan explicárselo. Esta facultad puede adquirir una sutileza tal, que el que de ella esté dotado, reconoce por la impresión que experimenta, no solamente la naturaleza buena ó mala del Espíritu, si que también su individualidad, como el ciego reconoce, instintivamente, la proximación de tal ó cual persona. Un buen Espíritu produce siempre una impresión dulce y agradable; la de uno malo siempre es penosa y desagradable; parece como si se sintiera un ambiente impuro.

43. *Médiums auditivos.*—Estos oyen la voz de los Espíritus; algunas veces es una voz íntima que se siente interiormente; otras veces, es una voz exterior, clara y distinta como la de una persona viva. Los médiums auditivos pueden de este modo entrar en conversación con los Espíritus. Cuando tienen costumbre de comunicarse con ciertos Espíritus, los reconocen inmediatamente por el sonido de la voz. Los que no sean médiums auditivos pueden comunicarse con un Espíritu, sirviendo de intermediario un médium auditivo que trasmite sus palabras.

44. *Médiums parlantes.*—Los médiums auditivos que no hacen sino trasmisitir lo que oyen, no son propiamente hablando *médiums parlantes*; estos últimos no oyen con frecuencia nada; en ellos el Espíritu obra sobre los órganos de la palabra, como obra sobre la mano del médium escribiente.

Cuando el Espíritu quiere comunicarse, se sirve del órgano que encuentra más flexible; al uno le toma prestada la mano, á otro la palabra, y el oido á un tercero. El médium parlante se expresa generalmente sin tener conciencia de lo que dice, y á menudo dice cosas completamente fuera de sus ideas habituales, de sus conocimientos, y aún fuera del alcance de su inteligencia. Se vé, algunas veces, á personas poco ilustradas y de una inteligencia vulgar expresarse, en tales momentos, con verdadera elocuencia y tratar con incontestable superioridad cuestiones, sobre las cuales serían incapaces de emitir su opinión, en estado ordinario. Aunque el médium parlante esté completamente dispuesto, conserva raramente el recuerdo de lo que ha dicho. El estado pasivo sin embargo, no siempre es completo; pues los hay que reciben la intuición de lo que dicen en el momento que pronuncian las palabras.

La palabra en el médium parlante, es el instrumento de que se vale el Espíritu, por medio del cual cualquiera persona extraña puede ponerse en comunicación, como puede hacerlo por medio de un médium auditivo. Entre el médium parlante, y el médium auditivo existe la diferencia de que el primero habla involuntariamente, al paso que el segundo habla voluntariamente para repetir lo que oye.

45. *Médiums videntes.*—Se dá este nombre á las personas que en estado normal y perfectamente despiertas, gozan de la facultad de ver los Espíritus. La posibilidad de verlos en sueño resulta, sin duda alguna, de una clase de mediumnidad; pero no constituye, propiamente hablando, la de médiums videntes. Hemos explicado la teoría de este fenómeno en el capítulo de las *Visiones y apariciones* en *El Libro de los Médiums*.

Las apariciones accidentales de personas que se han amado, ó conocido, son muy frecuentes; y aunque los que las han tenido pueden ser consideradas como médiums videntes, generalmente se aplica este nombre á los que gozan hasta cierto punto de la permanencia de la facultad de ver á casi todos los Espíritus. En este número los hay que sólo ven los Espíritus que se evocan, de los cuales pueden hacer la descripción, con minuciosas exactitud, describiendo con los menores detalles sus gestos, la expresión de su fisonomía, los rasgos de su rostro, su traje y hasta los sentimientos de que parecen hallarse poseídos. Hay otros, que poseen esta facultad más generalizada; ven toda la población espiritista aérea; los ven ir, venir, y ocuparse, por decirlo así, de sus negocios. Estos médiums no están nunca solos; tienen á su alrededor una sociedad de la cual pueden escoger á su antojo, pues pueden por su voluntad separar á los Espíritus que no les convengan, ó atraer á aquellos que les son simpáticos.

46. *Médiums sonámbulos.*—El sonambulismo puede ser considerado como una variedad de la facultad medianímica ó por mejor decir, son dos clases de fenómenos que se encuentran muy á menudo reunidos.

El sonámbulo obra bajo la influencia de su propio Espíritu; es su alma quien en los momentos de emancipación ve, oye, percibe fuera del límite de los sentidos; lo que él expresa lo saca de sí mismo; sus ideas son generalmente más exactas que en estado normal,

sus conocimientos más extensos, porque su alma está libre; en una palabra, vive anticipadamente de la vida de los Espíritus. El médium, al contrario, es instrumento de una inteligencia extraña, es pasivo, y lo que dice no viene de él. En resumen, el sonámbulo expresa su propio pensamiento y el médium expresa el de otro. Pero el Espíritu que se comunica á un médium común, puede también hacerlo con un sonámbulo; con mucha frecuencia el estado de emancipación del alma, durante el sonambulismo, facilita la comunicación. Muchos sonámbulos ven perfectamente los Espíritus y los describen con tanta precisión como los médiums videntes, pueden hablar con ellos y trasmirnos su pensamiento; lo que dicen fuera del círculo de sus conocimientos personales, les es á menudo inspirada por otros Espíritus.

47. *Médiums inspirados.*—Estos médiums, son aquellos en que los signos de la mediumidad son los menos aparentes; en ellos, la acción de los Espíritus es toda intelectual, toda moral, y se revela en las pequeñas circunstancias de la vida, como en las grandes concepciones; y bajo este concepto podemos decir, que todo el mundo es médium, pues no hay persona que no tenga sus Espíritus protectores y familiares, que hacen los mayores esfuerzos para sugerirles pensamientos saludables. En el inspirado, difícil es á menudo el distinguir la idea propia, de la inspirada; lo que caracteriza esta última, es sobre todo la spontaneidad.

La inspiración es más evidente en los grandes trabajos de inteligencia. Los hombres de génio de todas clases, artistas, sabios, literatos, oradores, son sin duda Espíritus adelantados, capaces por sí mismos de comprender y de concebir grandes cosas; pues precisamente porque son juzgados capaces, los Espíritus que quieren la realización de ciertos trabajos les sugieren las ideas necesarias, y por esto son con frecuencia *médiums sin saberlo*. Sin embargo, tienen una vaga intuición de una asistencia extraña, pues el que pide inspiración no hace sino evocar; si no esperase ser oido, porque exclama á menudo: ¡Ven en mi ayuda, buen génio mío!

48. *Médiums de presentimientos.*—Son las personas que en ciertas circunstancias, tienen una vaga intuición de las cosas futuras vulgares. Esta intuición puede provenir de una especie de doble vista, que permite entrever las consecuencias de cosas presentes, y la filiación de los acontecimientos; pero á menudo es fruto de comunicaciones ocultas, las cuales forman una variedad de *médiums inspirados*.

49. *Médiums proféticos.*—Son igualmente una variedad de los médiums inspirados, los cuales reciben, con el permiso de Dios, y con más precisión que los médiums de presentimientos, la revelación de las cosas futuras de un interés general, que están encargados de hacer conocer á los hombres, para su instrucción. El presentimiento es dado á la mayor parte de los hombres, en cierta medida, para su uso personal; el don de profecía, al contrario, es excepcional, e implica la idea de una misión en la tierra.

Si hay verdaderos profetas, los hay falsos en mayor número, que toman los sueños de su imaginación por revelaciones, si es que no son engañadores que se hacen pasar por profetas por ambición.

El verdadero profeta es un hombre de bien inspirado por Dios; puede reconocerse por sus palabras y sus acciones: Dios no puede servirse de la boca de un mentiroso, para enseñar la verdad. (Lib. de los Espíritus, núm. 624.)

50. *Médiums escribientes o psycógrafos.*—Se designa con este nombre á las personas que escriben bajo la influencia de los Espíritus. Del mismo modo, que un Espíritu puede obrar sobre los órganos de la palabra de un médium parlante, para hacerle pronunciar palabras, puede servirse de su mano para hacerle escribir. La mediumidad psicográfica presenta tres variedades muy distintas: los médiums *mecánicos, intuitivos y semi-mecánicos*.

En el médium mecánico, el Espíritu obra directamente sobre la mano, á la cual dá el impulso.

Lo que caracteriza esta clase de mediumidad, es la inconsciencia absoluta de lo que se escribe; el movimiento de la mano es independiente de la voluntad, marcha sin interrupción, aunque se oponga el médium, mientras el Espíritu tiene algo que decir, y se para cuando ha concluido.

En el *medium intuitivo* la trasmisión del pensamiento se hace, sirviendo el Espíritu del médium de intermediario. El Espíritu extraño, en este caso, no obra sobre la mano para dirigirla, obra sobre el alma con la cual se identifica y á la cual imprime su voluntad y sus ideas; ella recibe la idea del Espíritu extraño y la trasmite. En esta situación, el médium escribe voluntariamente y tiene conciencia de lo que escribe, aunque no sea su propio pensamiento.

Es con mucha frecuencia bastante difícil distinguir el pensamiento propio del médium,

y el que le es sugerido, lo que conduce á que muchos médiums de esta clase llegan á durar de su facultad. Se puede reconocer la idea sugerida, en que jamás se concebió ántes; nace á medida que se escribe, y á menudo es contraria á la idea anterior que se había formado, y puede al mismo tiempo estar fuera de los conocimientos del médium.

Existe grande analogía entre la mediumnidad intuitiva y la inspiración; la diferencia consiste en que la primera, es la que más á menudo se concreta á cuestiones de actualidad, y puede aplicarse á cosas que no están al alcance de la capacidad intelectual del médium; un médium podrá tratar por intuición una materia que desconozca por completo. La inspiración se extiende sobre más vasto campo, y generalmente acude en ayuda de las capacidades, de las preocupaciones del Espíritu encarnado. Las huellas de la mediumnidad son mucho menos evidentes.

El médium *semi-mecánico* ó *semi-intuitivo* participa de las otras dos. En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de la voluntad; en el médium intuitivo el movimiento es voluntario y facultativo. El médium semi-mecánico siente uno impulso dado á su mano á pesar suyo; pero al mismo tiempo, tiene conciencia de lo que escribe á medida que se forman las palabras. En el primero, el pensamiento sigue al acto de la escritura; en el segundo le precede, en el tercero, le acompaña.

51. No siendo el médium sino un instrumento que recibe y trasmite el pensamiento de un Espíritu extraño, el cual sigue el impulso mecánico que le es dado, no hay nada que no pueda hacer fuera de sus conocimientos, si está dotado de flexibilidad mecánica necesaria. De aquí que existen médiums dibujantes, pintores, músicos versificadores, aunque extraños al arte del dibujo, de la pintura, de la música y de la poesía; médiums iletrados que escriben sin saber leer ni escribir; médiums *polígrafos* que reproducen diferentes géneros de escritura, y algunas veces con perfecta exactitud la que el Espíritu tenía cuando vivía; médiums *poliglotas*, que hablan ó escriben idiomas que les son desconocidos.

52. *Médiums curativos*.—Este género de mediumnidad consiste en la facultad que ciertas personas poseen de curar por el simple contacto, por la imposición de manos, con la mirada, con solo un gesto, sin el concurso de ningún medicamento. Esta facultad tiene sin duda alguna, su principio en la potencia magnética; sin embargo, difiere de ella por la energía y la instantaneidad de la acción, al paso que las curas magnéticas exigen un tratamiento metódico más ó menos largo. Casi todos los magnetizadores son aptos para curar, si saben aprovecharse convenientemente de su aptitud; poseen la ciencia adquirida; en los médiums curadores la facultad es espontánea, y algunos la poseen sin haber jamás oido hablar de magnetismo.

La facultad de curar por la imposición de manos tiene evidentemente su principio en una potencia excepcional fluidica; pero está acrecentada por diversas causas, entre las cuales, es menester poner en primera línea la pureza de sentimientos, el desinterés, la benevolencia, el deseo ardiente de aliviar, la oración ferviente, y la confianza en Dios; en una palabra, todas las cualidades morales. El poder magnético es puramente orgánico; puede como la fuerza muscular, ser dado á todo el mundo, hasta al hombre perverso; pero el hombre de bien, sólo lo usa exclusivamente para el bien, sin premeditación de interés personal, ni para satisfacer su orgullo ni su vanidad; su fluido más puro, posee propiedades benéficas y reparadoras que no puede tener el del hombre vicioso ó interesado.

Todo efecto medianímico, como se ha dicho, es resultado de la combinación de fluidos emitidos por un Espíritu, y por el médium; por esta unión semejantes fluidos adquieren propiedades nuevas, que no tendrían por separado, ó al menos que no tendrían en el mismo grado. La oración, que es una verdadera evocación, atrae los buenos Espíritus solícitos en venir á secundar las fuerzas del hombre bien intencionado; su fluido bienhechor se une fácilmente con el de éste, mientras que el fluido del hombre vicioso, se alia con el de los malos Espíritus que le rodean.

El hombre de bien que no tuviera poder fluidico, podría poco por sí mismo, y sólo puede pedir la asistencia de los buenos Espíritus; pero su acción personal es casi nula; una gran potencia fluidica aliada con la mayor suma de cualidades morales, puede operar verdaderos prodigios de curación.

53. La acción fluidica es, por otra parte, poderosamente secundada por la confianza del enfermo, y Dios recompensa á menudo su fe con el éxito.

54. Sólo la superstición puede atribuir una virtud á ciertas palabras, y sólo Espíritus ignorantes ó mentirosos pueden conservar tales ideas, haciendo prescribir fórmulas. Sin

embargo, para personas poco ilustradas é incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, el empleo de una fórmula de oración, ó de una práctica determinada, contribuye á darles confianza; en este caso, no es la fórmula la eficaz, sino la fe aumentada con la idea atribuida al empleo de la fórmula.

55. Es menester no confundir los *médiums curativos* con los *médiums medicas*; estos últimos son simples médiums escribientes, cuya especialidad es servir fácilmente de intérpretes á los Espíritus, para las prescripciones medicas; pero no hacen absolutamente más que trasmisitir el pensamiento y no tienen por lo mismo influencia alguna.

ALLAN KARDEC.

(Concluirá.)

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

LA RAZON HUMANA (1).

(Barcelona 1871.)

I.

Como á merced de los vientos llant la mío
Flexible junco cimbrea,
Así á merced de la idea
Se dobla nuestra razon.
A traspies, como un beodo,
Ora andando, ora corriendo,
Vá su camino siguiendo
Entre placer y affliction.

Una mañana preciosa,
Más que las que abril ostenta
Nació, segun se nos cuenta,
Vigoroso el padre Adan.
Y es fama que, apénas hubo
Abierto á la luz del dia
Los ojos, su fantasía
De saber sintió el afan.

Y es fama—y advierto al paso
Que cual lo cuentan louento,
Sin prestaros juramento
De que digo la verdad.—
Es fama que el mozo, padre
De todo el linage humano,
Aplicándose la mano
Al testuz con ansiedad,

(1) Hacemos á nuestros lectores la justicia de creer que no tomarán al pie de la letra todo lo que se dice en este poemita medianímico. En él debe distinguirse cuidadosamente la ficcion poética, de la verdad filosófica. Así, pues, seria erróneo aceptar literalmente las diversas encarnaciones de Adan, de que se ha valido el Espíritu para pintarnos las sucesivas trasformaciones de la humanidad en la esfera de la filosofia, como seria tambien erróneo aceptar rectamente la tradicion paradisiaca de que se vale para pintarnos la edad primitiva. El Espíritu, autor del poema, no ha querido dar su nombre; pero se ha identificado de tal modo, que nadie puede dejar de reconocerle. (N. de la R.)

Se dijo: ¿Qué duda es ésta
Que me roe y me devora?
¡Ni quién me mete á mí ahora
A saber lo qué es razon?
Téngola y esto me basta.
Gocemos de ella... adelante...
—Y aquí paróse un instante,
Truncando la reflexion.—

Mas detenerme!... ¿Es posible
Que pueda yo detenerme?
¡Podré nunca someterme
Al silencio del no ser?
Y despues, si razon tengo,
Tengo razon y de sobra,
Pretendiendo que tal obra
Sea pasto de mi saber,

Pues fuera mengua, y no escasa,
Que siendo la razon mia
No supiera yo algun dia
Quién vive dentro de mí.
Pensemos, pues, meditemos,
Que el meditar es de sabios.
—Y volvió á cerrar los labios
Adan, al llegar aquí.

La razon — prosiguió luego —
Es la facultad del alma
Que nos roba y dá la calma,
Que nos dá y roba el placer.
La razon, pues, es la gloria
Del Espíritu, y su infierno....
Mas ¿pueda algo, Dios eterno,
Bueno y malo á un tiempo ser?

¡Desatino, desatino
De la humana inteligencia!...
La razon es la presencia
De Dios en la humanidad.
Es Dios... Dios mismo encarnado
En el bruto, que ha corrido
La gran serie, y conseguido
Del sér pensante la edad.

Los hombres, pues, somos dioses,
Como dioses procedemos,
Como dioses, no torcemos
Nunca el amor, la virtud....
—Y al hallarse en este punto
De la científica prueba,
Nacióle á sus plantas Eva,
Rebosando juventud.

Él la miró con cariño,
Con cariño ella mirólo,
Y le dijo: ¡Tú tan solo,
Tan solo, querido Adan!
Ven conmigo, yo te ofrezco

Tesoro inmenso de amores,
Yo te ofrezco...—Y entre flores,
Diz que apareció Satan.—

Yo te ofrezco, vida mia,
Más raudales de ternura,
Más piélagos de ventura
Que los que has soñado tú.
Ven conmigo, Adan querido,
Y únanos el dulce lazo...
—Y extendiendo el diestro brazo,
Guiada por Belzebú,

Cojío la manzana aquella
Que nos relata la historia,
Y que tan negra memoria
Entre los hombres dejó.—
Y únanos el dulce lazo
Del amor puro, infinito,
Que en este fruto bendito
El mismo Dios depositó.

Hinca en él, Adan del alma,
Lo mismo que yo, tu diente,
Y de amor la llama ardiente
Tu existencia inundará.
—Ah! tú no sabes—repuso
Adan con rostro sombrío—
Ah! tú no sabes, bien mio,
Que prohibido me está.

—Prohibido!... ¿Quién prohíbe
Que amor eterno gocemos?
¿Acaso, dí, no nacemos
Para amarnos sin cesar?
Que el mal se prohíba, justo;
Pero que el bien se prohíba,
No hay razon que lo conciba...
Adan... ¿no quieras gozar?

Y Adan tomó la manzana
Y mordiéndela, gruñia:
Me engañé, la razon mia
No es de Dios la encarnacion,
Pues mi razon, sin reparo,
Está la virtud torciendo
Y en este fruto mordiendo
A la Suprema Razon.

Y en tanto del paraíso
Fué el padre Adan expulsado,
Por haber audaz faltado
De Dios á la prescripcion,
Y aunque aprendió mucho y mucho,
Es fama que, cuando estaba
Muriéndose, preguntaba
Con afán: ¿Qué es la razon?

(Se continuara.)

MISCELÁNEA.

El Espiritismo en París durante el sitio.—Despues de cuatro meses de interrupcion en nuestras cordiales relaciones, hemos sabido, por fin, de nuestros muy queridos hermanos de París. A esto se debe que reanudemos, en nuestro presente número, la interrumpida serie de articulos póstumos del maestro Allan Kardec, que traducíamos de la *Revue spirite*, órgano de la «Sociedad parisense de estudios espiritistas.»

Al consignar con placer este hecho, no podemos ménos de felicitarnos por la cesacion de la guerra, cualesquiera que hayan sido sus resultados para vencedores y vencidos, en quienes nosotros no vemos más que hombres, semejantes y hermanos nuestros. Si los unos han cometido atrocidades, si los otros con sus lviandades se han hecho dignos de su suerte; no son cuestiones que hayan de ventilarse en las columnas de esta *Revista*. A nosotros los espiritistas, hombres de paz y de amor, de esperanza y de fé, no nos toca más que alegrarnos del fin de esa terrible y fratricida guerra, y anunciar á los que quieran oirnos, que sus consecuencias han de ser irremisiblemente favorables al progreso, á la cultura y á la emancipacion de la humanidad encarnada en este planeta. Así lo dice y prueba el Espiritismo, que vé en todos los hechos de la vida de los hombres y de los pueblos, medios de expiar las faltas cometidas é instrumentos de rehabilitacion.

Abandonando estas consideraciones, más propias de un artículo doctrinal que de una humilde miscelánea, parece natural preguntarnos: ¿Y qué ha hecho el Espiritismo en París, durante el sitio? A esta pregunta contestan los números que de la *Revue spirite* hemos recibido, y nos dicen que, sin interrupcion alguna, han ido apareciendo á su debido tiempo, sin discrepar un mes, sin discrepar un solo dia. Las bombas prusianas, la carencia de víveres, los motines de los impacientes y todas las tribulaciones del cerco, no han hablado con nuestros hermanos, para obligarles á descuidar, un instante siquiera, la obra de la propaganda. A su vez, los círculos espiritistas han continuado tambien funcionando regularmente, sembrando el bien, como siempre, cada cual segun sus alcances y recursos, procurando, por medio de la innegable fuerza fluidica de la oracion, abreviar los horrores de la fuerza material, puesta al servicio de la violencia, del orgullo y del egoismo, y tratando, por medio de la evocacion, de disipar algun tanto las densas tinieblas en qué se hallan envueltos muchísimos de los que mueren en los campos de batalla. Nuestros hermanos de París han cumplido como buenos, durante el sitio; han demostrado que el Espiritismo es en ellos no sólo un sistema filosófico, sino una regla de vida práctica; justo es, pues, que les felicitemos cordialmente y que, en nombre de todos los espiritistas de Cataluña, y áun de España entera, les enviemos en un fraternal abrazo la más perfecta expresion de nuestro reconocimiento, á título de miembros de la humanidad y adeptos sinceros y fervientes del Espiritismo.

Organizacion espiritista de Lieja.—Nuestro apreciable colega *Le Pfare*, que vé la luz pública en Lieja,—Bélgica—encabeza su número del 16 de marzo con el siguiente importante sueldo: «El 14 de los corrientes tuvo lugar, en el local de la Sociedad espiritista *L' Avenir*, una reunion que interesa á todos los verdaderos espiritistas, y que, estamos convencidos de ello, producirá felices resultados en lo sucesivo por la saludable influencia que las medidas en ella tomadas, están llamadas á ejercer en el desenvolvimiento y propaganda de la filosofia espiritista, por la unidad de principios que establecerán en los estudios, y las buenas relaciones que originarán entre los efreulos, estrechándolos con los lazos de una fraternal solidaridad, bajo la accion del aprecio y benevolencia reciprocos.

«A consecuencia de pasos y reuniones anteriores, la Sociedad *L' Avenir* ha conseguido unir á sus ideas y propia manera de ver, á otros cuatro círculos espiritistas de Lieja.»

Y á continuacion publica nuestro colega un reglamento compuesto de veintidos articulos, encaminados todos ellos á hacer fecundos los estudios espiritistas; á activar la propa-

ganda de la doctrina, y á estrechar más y más los lazos fraternales entre los adeptos. La nueva organizacion del Espiritismo en Lieja ha tomado el nombre de «Comité de la Union de los círculos espiritistas de Lieja.»

Felicitamos por su resolucion y buenos deseos á los hermanos de Lieja, y aplaudimos sincericamente el ejemplo que dán á los demás espiritistas. Y á propósito de esto, ¿no seria ya tiempo de que en Barcelona y demás poblaciones de Espana se pensase en hacer lo mismo? Medítelo los presidentes de los varios círculos que hay en cada una de ellas, y verán los óptimos frutos que podrían obtenerse, para la humanidad y para la doctrina, de una union espiritista destinada no á absorber, á centralizar únicamente las tendencias, sino á armonizarlas para dirigirlas á sus fines providenciales. Hoy que tanto se habla de federacion, seria hermoso y plausible que los espiritistas, prescindiendo de la política palpitante, que no reza con nosotros, federáramos el municipio, luego la provincia, despues la nacion y solicitásemos, por fin, la federacion espiritista de toda Europa. ¿Es esto imposible? Antes, al contrario, es muy fácil á los espiritistas, que empezamos por cerrar nuestros corazones al orgullo y al egoísmo, verdaderos y únicos escollos de todas las organizaciones. Imitemos el ejemplo de nuestros hermanos de Lieja. Por nuestra parte declaramos que estamos dispuestos á echarnos en los primeros brazos que fraternalmente se nos abran, convidiéndonos á la unidad dentro de la variedad.

Un héroe de doce años.—«Anteayer, á la una y cuarto de la tarde, dice un periódico de Bilbao, cayó á la ria un niño de seis años, desde lo más alto del muelle de Achari. Otro niño de edad de doce años, llamado Cipriano Castaños, se arrojó inmediatamente al agua, desde lo alto de dicho muelle, y asiéndolo valerosamente de la ropa, lo sostuvo á flote hasta que una lancha llegó en socorro de ambos.»

La humanidad encarnada en nuestro planeta ha menester aún de estos ejemplos, de modo que, citándolos la prensa diaria, presta un verdadero servicio. Hasta ahora sólo nos hemos ocupado del contagio del mal, fecundo en deplorables consecuencias, que todos por interés, cuando por otra causa no fuese, debemos procurar evitar en nosotros y en los otros hombres, nuestros hermanos. Bien está, pues, y muy bien, que se hable del mal, que se le defina, que se le describa, que se enumeren sus funestos resultados, á fin de que vivamos en perenne guardia contra su contagio. Pero ¿por qué no hablar también del bien, de sus fructíferas consecuencias y de su contagio, para usar la palabra admitida, yá que es indudable que el bien, lo mismo que el mal, es contagioso? ¿Quién podrá negar la inmensa fuerza reformadora del individuo y de la sociedad, que desarrollaría la prensa diaria, citando los hechos laudables realizados, comentándolos y tributándoles los elogios de que son dignos?

Se ha observado que, cuando el periódico de la localidad anuncia un suicidio, no tarda en repetirse el mismo crimen. ¿Por qué no se hace la prueba en sentido contrario? ¿Por qué no se procura investigar si el anuncio en el periódico de una acción laudable, no determinaría la realización de otra, ó otras de la misma clase? Nosotros, que áun vemos á la humanidad terrestre entregada al mal; pero que la creemos capaz de realizar el bien constante y desinteresadamente, nosotros no dudamos de que sucedería lo que dejamos indicado. Estamos intimamente persuadidos de que la virtud atractiva del bien es, cuando meno, tan poderosa como la fuerza de contagio del mal.

Estas observaciones, que acaso desarrollaremos dentro de poco en algún artículo, no nos parecen tan destituidas de fundamento, y agradeceríamos que la meditasen los que se dedican á escribir para el público. Pero, volviendo á nuestro héroe de doce años, al joven Cipriano Castaños, se nos ocurre la siguiente pregunta: ¿Por qué ese niño, en vez de hacer lo que la generalidad hace en su caso; en vez de atolondrarse ó huir, dejando así percer al que está en peligro, salva de éste á aquél, lanzándose en medio de las aguas, sin acordarse de la propia vida? Hé aquí un problema, que con bastante frecuencia nos plantea la abnegación de algunas personas, y que pondría sin embargo, en graves apuros á muchos sistemas filosóficos. El Espiritismo, acudiendo á la luminosa ley de pluralidad de

existencias del alma, dice que el niño Cipriano Castaños, como todos los otros modelos de abnegación, han desarrollado en anteriores vidas la parte moral del Espíritu hasta el punto de que, en la actual, practican el bien como por instinto. En ellos las buenas acciones vienen á ser una especie de necesidad, pero sin la irreflexión de éstas. Antes, al contrario, se hallan en perfecta armonía con la razón que, sabiendo que el mal existe y que á él puede consagrarse, opta libre y deliberadamente por la práctica perenne de la virtud. Hé aquí, en concepto nuestro, armonizadas la perfección moral y la libertad.

Crímenes y su remedio.—En el periódico valenciano las *Provincias* encontramos el siguiente sueldo:

«Al dar cuenta ayer de un asesinato cometido en el pueblo de Navarrés, decíamos que sería horrible la estadística de crímenes cometidos en el territorio de la Audiencia de Valencia. Hoy tenemos algunos datos de esta estadística, de la que resulta que en las tres provincias valencianas se han cometido, durante el mes de enero último, 30 homicidios y 41 durante el mes de febrero.

En enero se infirieron 82 heridas de diversa gravedad, y en febrero 88, dando como totales 71 homicidios y 140 heridas, muchas de las cuales habrán causado la muerte.

Si estas cifras no hielan el corazón de los más despreciosados, si no reclaman de los poderes públicos medidas energicas y tan eficaces como sea necesario, para atajar el derramamiento de sangre, no quedará más recurso á las gentes honradas y pacíficas que el de emigrar de un país donde todos los días se levanta varias veces el brazo del asesino, para clavar el puñal en el corazón de sus víctimas.»

Parécenos que el periódico valenciano no está bastante acertado en sus aseveraciones. En primer lugar, no es lo más propio de voluntades energicas el huir cobardemente de los peligros. A las gentes honradas y pacíficas les toca combatir el crimen, esforzándose en aumentar la moralidad de los pueblos, por todos los medios que están á su alcance. Y no se crea que todo han de hacerlo los poderes públicos. Este ha sido, hasta ahora, nuestro capital error; todo lo pedimos ó al municipio, ó á la provincia, ó al estado. Individualmente nada intentamos, sin recordar que las grandes reformas sociales han de empezar por la de las personas en particular. ¿Quiere Valencia poner coto á los crímenes? Pues ofrece al pueblo una doctrina moral, sencilla, demostrable, conforme con la razón, con la justicia y armonizable con todos los cultos, que no impliquen menoscabo de los atributos de Dios. ¿Quiere saber cuál es esa doctrina? Pues es el Cristianismo explicado y explanado por el Espiritismo. En vez, pues, de burlarse de éste los *espíritus fuertes*, como lo hacen, estúdienlo, practiquenlo y propáguelo, y así se harán útiles á sí mismos y á la sociedad en que viven.

Más sobre la propaganda en Alicante.—Con fecha dos de los corrientes, nos dice lo siguiente uno de nuestros queridos hermanos de aquella ciudad: «No pueden Vds. formarse una idea del desarrollo de nuestra propaganda. En los círculos, sociedades, reuniones particulares y en todas las conversaciones toma su parte el Espiritismo, de modo, que éste es el tema que más llama la atención.... Los ejemplares de *El Libro de los Espíritus*, de *El Libro de los Médiums* y del *Tratado de Educación para los pueblos* están agotados, y todos los días son solicitados por diferentes personas.»

Bien por nuestros amigos de Alicante, á quienes felicitamos por su amor á la doctrina y por sus vehementes deseos de propagarla. Persuádanse de que, haciéndolo así, prestan un importante servicio á los alicantinos, y se hacen más aceptos á Dios que practicando fórmulas puramente materiales y agenes de los sentimientos de caridad y justicia.

Respecto del Semanario católico, repetimos lo del número anterior. Es otro elemento de propaganda que, sin saberlo y sin quererlo, coopera á nuestros fines. Agradeczmáselo, pues.